

Últimas noticias del fin del mundo.

Ginés Torres (Escritor)

[Fresán, Rodrigo. *El fondo del cielo*. Mondadori: Barcelona, 2009]

Salvador Elizondo, en un cuento titulado *Anapoyesis*, fantasea con las consecuencias que podría tener liberar toda la energía condensada en un poema de Mallarmé. Siguiendo con el hallazgo, podemos decir que *El fondo del cielo* es, por encima de todo, la historia de un amor con la energía suficiente como para provocar —con el consejo, el permiso y la advocación de Kurt Vonnegut— un par de fines (de finales) del mundo.

Han merecido la pena los seis años que se ha hecho esperar —desde la maravillosa *Jardines de Kensington* (2003), y reediciones con *bonus tracks* aparte— esta nueva novela de Rodrigo Fresán (Buenos Aires, 1963), *El fondo del cielo*.

El libro se divide en tres partes: la primera, *Este planeta*, es el centro de gravedad en torno al cual orbitan las otras dos, y cuenta la historia, desde una infancia de clubs de ciencia ficción en la Nueva York de los años treinta —donde se hacen llamar Los Lejanos—, hasta la mañana del once de septiembre de 2001, de la relación entre dos primos enamorados de la misma, hermosa-y-extraña-chica: Isaac Goldman, un escritor y guionista de obras ciencia ficción correctas y fáciles de olvidar; y Ezra Leventhal, inolvidable personaje, científico militar o señor de la guerra, presente tanto en Los Álamos de la primera detonación atómica, como en Vietnam o en la llegada del hombre a la Luna. En la segunda parte, *El espacio entre este planeta y el otro planeta*, se simultanean la historia de un soldado en el Irak de la operación *Libertad duradera* con fragmentos de una peculiar novela de ciencia ficción —tanto que no lo parece—, llamada *Evasión*. En la tercera parte de la novela, *Otro planeta*, el círculo se cierra con la voz de la hermosa-y-extraña-chica, explicando las diferentes posibilidades del fin del mundo que se ha encargado de evitar, y recordando su historia de amor con Isaac y Ezra hasta que llegue el momento del final más perfecto y hermoso del mundo.

Las diferentes partes de la novela están unidas gracias a un mismo eje, que no es, pese a lo que pueda pensarse, la ciencia ficción —aunque sí que se acerque al sentido que Fresán le da al género cuando habla de *2001*: los personajes no hablan *como* si estuvieran en un libro de ciencia ficción, simplemente se sumergen en ese lenguaje extraño, *extraterrestre* dice en algún sitio el propio autor, de una manera normalizada, asumida, pero sin

esas estridencias y efectos especiales futuristas que tan mal envejecen con el tiempo—. El mismo Fresán lo explica cuando advierte: “Antes que nada: ésta no es una novela de ciencia-ficción. Ésta —ésta fue y ésta será— es una novela *con* ciencia-ficción”. Esta aclaración, que aparece en la nota final a la novela no es algo que deba coger por sorpresa al lector veterano de Fresán, ya que sus libros suelen ser más libros *con* que libros *de*: así, *Historia argentina* y el discurso nacional, *Mantra* y el tema mexicano, *Jardines de Kensington* y la Londres victoriana de los sesenta, *Esperanto* y la música rock.

Por eso, los centros de esta novela se alejan un poco de lo que podría esperarse en un texto de ciencia ficción: el primero de ellos, y el que sostiene casi toda la novela, es algo que Fresán no había ensayado aún a pleno rendimiento en ninguno de sus libros: el amor como fuerza motriz de ese mundo al fondo del cielo (llega a citar el conocido final de la *Divina Comedia*, dándole una nueva lectura dentro de la novela: “l'amor che move il sole e l'altre stelle”), y que sirve tanto a la hermosa-y-misteriosa-chica para descartar y evitar posibles finales del mundo hasta llegar al más perfecto para los tres, como para que un joven Ezra decida emprender el camino hacia el fin de un mundo que no comprende y que casi acaba dominando, exterminando.

La infancia es otro de los nudos importantes en la novela: Fresán lanza una mirada hacia la infancia que, como sucede en libros anteriores, no cae en las trampas de la idealización, de la novela de formación, de la lección moral, o del lamento por el desarraigo que podría sufrir, por ejemplo, Isaac Goldman, sino que le sirve para moldear unos personajes cuyas más o menos excéntricas infancias, se proyectan a lo largo de sus vidas: así, la obsesión de Ezra por el espacio exterior, por obviar los hierros de sus piernas torcidas (“Isaac: a ellos no les va a importar cómo marcha o desfila mi cuerpo. Lo que sí les importará es la vertiginosa velocidad a la que corre y vuela mi cerebro”), lo convierte en protagonista y espectador de los principales avances científicos del siglo, en un ser casi inmortal.

El triángulo circular de *El fondo del cielo* lo cierra la literatura, la escritura y la lectura, tercera fuerza motriz del libro, siempre presente. No son sólo los guiños en forma de personajes a Philip K. Dick o H.P. Lovecraft; ni que, a modo de caja china, una de las partes fundamentales para entender la poética de Fresán en este libro sea, como hemos dicho, la peculiar novela de ciencia ficción, *Evasión*; lo fundamental es que, en *El fondo del cielo*, los personajes siempre leen, se conectan a los libros, escriben, para *olvidar* —el lector sabrá de qué tipo de olvido hablamos— o, sobre todo, para recordar ese pasado común de los tres personajes, que los une en un amor potente como una explosión nuclear, desde el arrebatador principio: “Te encuentres donde te encuentres, cerca o lejos, si puedes leer esto que

ahora escribo, por favor, recuerda, recuérdame, recuérdanos así”.

Según avanzan los libros de Rodrigo Fresán, los lectores vamos dándonos cuenta de que cada uno, en su reinención, forma parte de un mismo proyecto, de un mismo mosaico que, poco a poco, se va completando, de manera que cada una de las partes potencia y da luz a las anteriores. A esto contribuyen, claro, los numerosos cruces de temas y motivos entre todos sus libros, presentes también aquí: la chica que cayó a la piscina, los miembros de la familia Mantra, Sad Songs o Canciones Tristes, HAL 9000 y las reflexiones sobre 2001, The Beatles, Robert Oppenheimer en Nuevo México y la primera explosión nuclear de la historia, Bob Dylan y el que para Fresán es su mejor verso reapareciendo a lo largo de la novela (el fantasma de la electricidad aullando en los huesos de su rostro), o tantas otras pistas diseminadas por la novela.

Pero, por encima de eso, la base que mantiene unido este mosaico, y que da fuerza a *El fondo del cielo*, es la voz narrativa de la que es dueño Fresán, cada vez más poderosa y sólida, común a todos sus libros y, a la vez, nueva en cada uno de ellos. Una experiencia lectora tan gozosa como poco común en la narrativa en español de nuestros días: un viaje espacial al que merece la pena volver de cuando en cuando, mientras esperamos *La parte inventada*, próxima transmisión desde el Planeta Fresán.